

Poder y Debilidad. Estados Unidos y Europa en el nuevo orden mundial

de Robert Kagan (2003)

Madrid, España, Taurus, 165 pp.

Uno de los hombres generalmente identificados con los ideólogos de la *política del actual presidente Bush* es el escritor Robert Kagan, autor de este libro. Graduado de las Universidades de Harvard y Yale y colaborador habitual del Washington Post, fue director del Comité de Asuntos Interamericanos del Departamento de Estado y es mundialmente reconocido por sus obras sobre política exterior y diplomacia norteamericana. Miembro de la renombrada Fundación Carnegie para la Paz Internacional y del *Council of International Relations*; actualmente se encuentra radicado en Bruselas, donde continúa su activa vida intelectual, vinculado con los *thinkers* americanos.

En el libro que ahora nos ocupa (*Of Paradise and Power*), el autor se interroga sobre las raíces –y desarrollo futuro– de las “conflictivas” relaciones entre los Estados Unidos y Europa. Y lo hace partiendo de las siguientes aseveraciones preliminares: *En lo que concierne a la esencial cuestión del poder –la eficacia del poder, su moralidad y su conveniencia–, lo cierto es que la perspectiva estadounidense diverge hoy de la europea. Europa comienza a alejarse del poder o, dicho de otro modo, se está trasladando más allá del poder a un mundo autosuficiente regido por normas de negociaciones y cooperaciones transnacionales, al tiempo que se adentra en un paraíso poshistórico de paz y relativa prosperidad – en la materialización de lo que Kant bautizó como “paz perpetua”–. Entre tanto, Estados Unidos sigue enfangado en su propia historia, ejerciendo su poder en un mundo anárquico y hobbesiano, en el que el derecho y los usos internacionales han dejado de merecer con-*

fianza y donde la verdadera seguridad, la defensa y el fomento de un orden liberal siguen dependiendo de la posesión y el uso del poderío militar (pp. 9-10). En estas breves frases se encuentra la síntesis de todo el libro.

De ahí en más Kagan, preocupado por la respuesta al tema, no omite bucear en las raíces histórico-ideológicas del Viejo y del Nuevo Mundo, resaltando la marcha hacia las diferencias, más que las identidades, con una celeridad –y endeblez de fundamentación– que no puede dejar de señalarse. En este aspecto remarca el origen idealista de los Estados Unidos, el “nuevo mundo” –*hijos del Siglo de las Luces*– frente a la “putrefacta” Europa (el Viejo Mundo), acentuando el sentido “mesiánico” (puritano) de los norteamericanos. El autor sostiene que *hace tiempo que Estados Unidos y Europa han tomado caminos diferentes* (p. 10), especialmente con motivo de la Segunda Guerra Mundial y la post-guerra, basándose –en este caso– en textos de Roosevelt y Acheson, por ejemplo. Con ojo de experto observa que, de manera genérica, mientras los Estados Unidos enfrentan los problemas internacionales con pragmatismo, Europa prefiere la negociación, la persuasión y el derecho.

Al preguntarse por el origen de estas diferencias –que estiman han sido descuidadas por los estudiosos– Kagan afirma que en los dos últimos siglos hubo un *intercambio de papeles* que, según él, surge de las profundas modificaciones habidas en la *ecuación del poder*, en la modificación del papel de potencia y en el caso americano actual, de acuerdo con la aceptada calificación de Paul Kennedy, *hiperpotencia*. El autor tampoco duda –contra la reciente pero obsoleta tesis de Samuel Huntington– que, con la desaparición de la Unión Soviética, se acabó la era multipolar. Sobre el particular, no vacila en afirmar que *la lógica geopolítica dicta que los estadounidenses tengan un interés menor que el de los europeos en el mantenimiento del multilateralismo como universal principio rector de la conducta de las naciones* (p. 62) y por ello ve con ojos preocupantes –aunque no lo diga– los intentos de Unión Europea. En cambio remarca como un objetivo americano en sus acciones universales la *defensa de Oc-*

cidente –y de la democracia–, sin aclarar qué significado le otorga al concepto “Occidente” (Cfr. Con algunas observaciones imprecisas suyas en la pág. 129, por ejemplo).

Pero sin perjuicio de ello –y omitiendo inconscientes contradicciones– afirma que *los europeos contemplan el mundo desde una perspectiva que diverge bastante de la estadounidense y también de que tienen un concepto distinto del poder* (p. 66). Últimamente ello se observó más que claramente en el tema Irak, pero el autor señala que en este tema ya era perceptible en la década de los noventa del siglo pasado. Así observamos la pre-ocupación –o el interés– del autor cuando observa que *de este modo negamos a la que puede ser la razón más importante de las divergencias de opinión entre Europa y Estados Unidos: el poder de éste y su determinación de ejercerlo –unilateralmente si fuera necesario– constituyen una amenaza al nuevo sentido que Europa tiene de su misión, acaso la amenaza más seria* (p. 94); especialmente si lo relacionamos pragmáticamente –y no casualmente– con el intento de una Unión Europea como *superpotencia global capaz de equilibrar el fiel del poder*, que el autor descalifica como un impulso atávico (cfr. pág. 99).

En este contexto delineado, y basado en el poder económico y militar (“el aparato militar industrial” de Eisenhower), acentúa que *Estados Unidos quedó con las manos libres para intervenir prácticamente en cualquier lugar y momento que considera oportuno* (p. 43), con una visión distinta del mundo, intereses económicos divergentes y una consecuente doctrina militar revisada, aceptada –en gran parte– por una generación que no vivió Pearl Harbor, pero que está sacudida por los acontecimientos del 11 de Septiembre. Cabe aclarar que el autor, sin mencionarlo, defiende el *destino manifiesto* norteamericano y con mayor entusiasmo niega la tendencia aislacionista en su política exterior, tachándola de *mito* (cfr. p. 131).

A medida en que avanza en su ensayo no duda en recalcar que *Esta persistente visión estadounidense de la posición excepcional de su nación en la historia y la convicción de que sus intereses y los del mundo se identifican, puede ser bienvenida, ridiculizada*

o lamentada. Pero no debería ponerse en duda. Y así como existen pocas razones que hagan pensar que Europa vaya a variar su curso en lo fundamental, tampoco las hay para suponer que Estados Unidos alterará el suyo o que empezará a conducirse en un mundo de forma diametralmente opuesta [...] es razonable presumir que no hemos hecho más que entrar en la larga era de la hegemonía de Estados Unidos (p. 134).

A manera de síntesis conclusiva de su rápido ensayo afirma: *Este es el gran problema de las relaciones entre Estados Unidos y Europa [...] Justo en el momento en el que los europeos, liberados de las obligaciones y miedos de la Guerra Fría, han empezado a establecerse en su paraíso posmoderno y a hacer proselitismos de sus doctrinas del derecho y las instituciones internacionales, los estadounidenses han empezado a caminar en la otra dirección, lejos de la solidaridad con Europa que había sido el tema central durante la Guerra Fría y de vuelta a su tradicional política de independencia, hacia esa forma genuinamente estadounidense de nacionalismo universalista (p. 116).*

Así como Kagan no duda de que *el nuevo orden kantiano de Europa sólo podría prosperar bajo el paraguas del poder estadounidense ejercido según las reglas del viejo orden hobbesiano* (pág. 111), y lo recalca continuamente (cfr. especialmente pp. 115), al hablar de Europa omite referirse a Rusia, *el gran ausente* de hoy. En cambio no olvida mencionar –sólo mencionar– a China como *competidor de Estados Unidos* (p. 141). Una China obviamente lejana, al menos por ahora, a las preocupaciones de Europa.

Más allá de su acentuación de las divergencias y de su posición *expansionista* que amenaza con una dirección *occidental* diferente por parte de los Estados Unidos, en el último párrafo aconseja: *Quizás no sea un exceso de ingenuo optimismo creer que un poco de entendimiento mutuo podría ayudar a recorrer juntos todavía un largo camino* (p. 156).

Al terminar la lectura de este ensayo queda la sensación de un libro escrito “a las apuradas”, para afirmar una posición defensiva frente a los europeos “rebeldes”, basándose fundamen-

talmente en el último libro de Henry Kissinger y en los artículos de prestigiosas publicaciones del *establishment*. Ello no merece su interés, quizás más por marcar una posición política que por la profundidad de su contenido.

Florencio HUBEÑÁK

After the Washington Consensus.
Restarting Growth and Reform in Latin America
John Williamson y Pedro P. Kuczynsky, Washington D.C.,
Institute for International Economics, 2003, 373 pp.

Transcurridos 13 años desde el origen del Consenso de Washington y luego de la experiencia adquirida en varios procesos de reformas implementados en la región, los economistas John Williamson (creador del término) y Pedro Pablo Kuczynski (también participe del nacimiento del Consenso y ex-ministro de Finanzas de Perú) presentan, en *After the Washington Consensus: Restoring Growth and Reform in Latin America*, una nueva agenda a seguir para lograr las condiciones necesarias a fin de recobrar el crecimiento económico.

Se podría afirmar que hablar positivamente de las reformas económicas y el Consenso de Washington es hoy en día difícil. Las crisis políticas, sociales y financieras que estallaron en los distintos países latinoamericanos durante la segunda parte de la década de 1990, el aumento en el número de pobres y el colapso argentino a fines de 2001 (país tomado por los actores de Washington como el ejemplo a seguir) fueron hechos que ayudaron a confirmar la sensación de fracaso que dejó la implementación de estas políticas en la mayoría de los países de la región.

No obstante, en opinión de los autores, las reformas propuestas en el Consenso continúan siendo el camino a seguir para alcanzar el crecimiento económico.

A lo largo del libro Williamson y Kuczynski hacen un balance de los logros y falencias de la implementación de la agenda anterior, analizando el contexto en el que se llevó adelante e intentando responder la pregunta sobre qué fue lo que salió mal. A diferencia de las creencias más expandidas, llegan a la conclusión que no sólo las reformas no fueron negativas, sino que consideran como principales causas su fracaso justamente el hecho de que no fueron desarrolladas al nivel deseado y la aparición de crisis exógenas que contrarrestaron los avances que estaban siendo obtenidos.

El libro está dividido en distintos capítulos según el campo de la reforma (fiscal, comercial, del estado, social, etc.), en los que especialistas de cada tema abordan las problemáticas experimentadas en este último tiempo e intentan delinear una estrategia para retomar el crecimiento. Generalmente comienzan por hacer una revisión de las circunstancias que rodearon la puesta en marcha de las reformas y los resultados a lo largo de la década de 1990, para luego desembocar en la agenda a futuro de la política en cuestión.

Entre los ítems de la vieja agenda –el Consenso de Washington– se dedican capítulos a la Reforma del Estado (que incluiría los principios de Reorientación del Gasto Público y Privatizaciones en el Consenso), Política Fiscal (Disciplina Fiscal), el Sistema Financiero (Liberalización Financiera), Política Monetaria (Política Cambiaria), Liberalización Comercial (ídem) y Flexibilidad Laboral (Desregulación). Cabe destacar el hecho de que en algunos de estos puntos se propone una postura menos ortodoxa que en el pasado. En el sistema financiero, por ejemplo, aconsejan imponer un control a los movimientos de capital al estilo chileno.

Con respecto a nuevos temas, tratando de adaptar algunas de las críticas recibidas y los nuevos tiempos que corren al Consenso de Washington, los editores incluyeron capítulos sobre Pobreza e Igualdad, Educación y Capacitación, y las Reformas de Segunda Generación.

La crítica más común al Consenso en estos años ha sido la falta de visión sobre los problemas de pobreza y desigualdad que

sufre América Latina. Las reformas no parecen haber empeorado los indicadores (con la excepción de la liberalización del sistema financiero que contribuyó a una mayor desigualdad), pero tampoco los han mejorado. Lo preocupante era que ni siquiera se planteaba a la reducción de la desigualdad y la pobreza como objetivos explícitos, ya que se suponía que el crecimiento económico sería suficiente para disminuirlas. El capítulo sobre estos temas los incluye en la agenda.

Se otorga gran importancia al capítulo referido a Educación y Capacitación, ya que a juicio de los autores la revolución de las comunicaciones y la globalización hacen que los negocios se puedan localizar en cualquier parte del mundo en que se ofrezca una buena calidad de recursos humanos a un precio competitivo. Además, se hace especial hincapié debido a que –de acuerdo a los estudios realizados por Naciones Unidas– la calidad de la educación en América Latina estaría por debajo de las otras regiones. Irónicamente, el país más avanzado en esta materia es Cuba (el no reformista por excelencia).

Las reformas de segunda generación, finalmente, reciben un tratamiento especial en la agenda y son diferenciadas de las llamadas de primera generación (Consenso de Washington) en varios sentidos. Constituyendo objetivos a mayor largo plazo, estas políticas representan cambios más profundos que requieren un consenso más amplio y apoyo institucional. Las de primera generación, por su parte, tenderían a ser instrumentos más que objetivos y en el pasado generalmente fueron llevados adelante luego de una crisis precedente o situación de emergencia a través de un *líder visionario* que solía recurrir a decretos de necesidad y urgencia. El cambio en la educación es mencionado como la reforma más importante entre las de segunda generación.

Los especialistas que participaron de este estudio incluyen, además de los editores, a Ricardo López Murphy, Daniel Artana, Nancy Birdsall, Roberto Bouzas, Jaime Saavedra, Saúl Keifman, Miguel Székely, Patricio Navia y otros.

Mariano Lafuente.